

Esta reflexión no concierne solo a los capellanes militares, sino a cada sacerdote que se encuentra viviendo su fe en ambientes complejos. Todos estamos llamados a estar "en medio", no distantes ni indiferentes, sino como testigos de la esperanza y artesanos de la paz.

Piensen en un joven soldado que debe partir en misión y les pide una bendición: en ese momento, no se limiten a un gesto formal, sino sean testigos de la esperanza cristiana. Ayúdenlo a ver que su vida tiene un gran valor a los ojos de Dios y que cada una de sus acciones puede ser iluminada por el Evangelio. O consideren a un oficial que carga sobre sus hombros el peso de decisiones difíciles: no lo dejen solo, sino ayúdenlo a discernir con sabiduría y conciencia.

Sean verdaderos pastores, con "olor a oveja", como dice el Papa Francisco. Sean hombres de oración, de Eucaristía, de misericordia. No dejen nunca de obtener su fuerza del Señor, porque solo así podrán dar fortaleza a los demás. Y recuerden que su primera batalla es la batalla por el corazón de los hombres: una batalla que no se libra con armas, sino con la Palabra de Dios, con los Sacramentos, con la caridad.

Estamos viviendo el Jubileo de la Esperanza. ¿Y quién más que nosotros está llamado a ser testigo de esta esperanza? En un mundo marcado por conflictos, tensiones e incertidumbres, nuestro ministerio sacerdotal debe recordar a todos que la esperanza cristiana no es una ilusión, sino una certeza arraigada en Cristo resucitado. Donde hay sufrimiento, estamos llamados a llevar consuelo; donde hay confusión, estamos llamados a señalar el camino; donde parece no haber futuro, nosotros somos signo de un Dios que nunca abandona a sus hijos.

Debemos vivir este Jubileo como una ocasión de renovación interior, dejándonos llenar por la esperanza que anunciamos a los demás. Solo un corazón que vive de esperanza puede transmitirla a los demás. Seamos, en todo lugar y en toda circunstancia, testigos de que el Evangelio ilumina toda realidad y que el bien, incluso en las circunstancias más difíciles, siempre tiene la última palabra.

Les agradezco por su valioso servicio y los animo a continuar con valentía. Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, los acompañe siempre en su ministerio.

*“...También están acompañados de los capellanes, una presencia sacerdotal en medio de ustedes. Ellos no prestan su servicio —como a veces ha pasado tristemente en la historia— para bendecir perversas acciones de guerra. No. Ellos están en medio de ustedes como presencia de Cristo, que quiere acompañarlos, ofrecerles escucha y cercanía, animarlos a remar mar adentro y sostenerlos en la misión que llevan adelante cada día. Ellos caminan con ustedes como apoyo moral y espiritual, ayudándoles a desempeñar sus cargos a la luz del Evangelio y al servicio del bien” (Jubileo del las Fuerzas Armadas 2025).*

Las palabras del Papa Francisco nos ayudan a redescubrir el verdadero sentido de la presencia de los capellanes en las fuerzas armadas. No están allí para justificar conflictos o bendecir acciones que traicionan el Evangelio, sino para ser un signo vivo de la cercanía de Cristo. Su misión es acompañar, escuchar, alentar y sostener a quienes, en medio de deberes y responsabilidades, pueden encontrarse desorientados o agobiados por el peso de decisiones difíciles.

Ser capellanes significa recordar siempre que, ante todo, son sacerdotes. No son meros funcionarios de las fuerzas armadas, tenientes, comandantes... No se dejen reducir a un papel secundario o burocrático: las personas a las que sirven los necesitan como guías, como padres, como hombres de fe. Su verdadero uniforme no es solo una vestimenta, sino la vestidura interior del sacerdote de Cristo: la caridad, la cercanía y la escucha. No olviden nunca que su fortaleza no proviene de los grados o los títulos, sino de ser hombres de Dios. La oración, la Eucaristía y la Palabra deben ser su pan cotidiano. La autoridad que se les ha confiado no es un poder, sino un servicio. Como nos enseña el Evangelio, quien es llamado a guiar debe hacerse servidor de todos. Su palabra debe ser luz, su mirada debe transmitir esperanza, su corazón debe permanecer firme en la fe, listo para acoger a quien necesite consuelo y orientación.

Acompañar a quienes están en la primera línea de la defensa de la seguridad y la justicia es una gran responsabilidad. No se trata solo de ofrecer un apoyo moral, sino de ayudar a ver cada decisión a la luz del Evangelio, recordando que el verdadero bien nunca está separado de la verdad y de la dignidad de cada persona. Están llamados a caminar junto a las personas, no simplemente a administrar sacramentos, sino a ser padres, hermanos y guías espirituales. No imponen, sino que proponen; no juzgan, sino que acogen. Están allí para recordar que toda acción, incluso en los contextos más desafiantes, puede y debe ser iluminada por el Evangelio.